

Rubén Bonifaz Nuño

Lascas. Edición crítica de Manuel Sol T.

El Centro de Investigaciones Lingüístico-Literarias de la Universidad Veracruzana, puede ufanarse legítimamente con el proyecto de esta Colección de Clásicos Mexicanos. Ediciones críticas, ya tan necesarias, de nuestros mejores autores. Y si los volúmenes que sigan a este primero, *Lascas* de Díaz Mirón, lo siguen también en cualidades de juicio y de erudición, no me cabe duda de que ese orgullo, esa ufanía, no será sólo de la Universidad Veracruzana, sino que, gracias a ella, lo compartirá todo nuestro país.

El volumen en cuestión fue preparado por Manuel Sol T. Envidiable trabajo. Con acopio de la bibliografía principal existente sobre nuestro poeta, con finísimos instrumentos de pericia y de gusto, Manuel Sol T. ha realizado su obra.

Los juicios de los más interesantes críticos son por él analizados con severa imparcialidad, con serenidad objetiva. Y de la comparación de tales juicios con la apreciación directa de los textos poéticos a que se refieren, desprende Manuel Sol T. el suyo propio, siempre limpio y digno de meditación.

Como todo buen trabajo de crítica, este suyo es un trabajo de amor. En efecto, no creo que se pueda ocuparse en la obra de un autor determinado, reflexionar acerca de él, desentrañar sus profundas virtudes, sin amarlo plenamente, en sus perfecciones y en sus posibles defectos, admirando aquellos y comprendiendo y tratando de justificar éstos.

Ya los juicios sobre *Lascas* con que este libro se abre, comprueban ese amor. Todos ellos están seleccionados con tal habilidad, que la cohesión de las principales cualidades del poeta va siendo revelada por ellos.

Primero, en Othón, la dificultad inmediata de la lectura de los poemas diazmironianos, y el desatino de querer tratarlos a la ligera. Este es el modo infalible de no dar en el clavo.

Luego, Tablada define cuál es el género de lector pretendido por el poeta: su libro fue escrito para sabios y artistas.

Urbina, a continuación, se refiere a los empeños técnicos de Díaz Mirón: sus versos son altísima obra de escultor, y González Peña amplía la perspectiva: junto a la técnica, están la aspiración a lo perfecto, la sabiduría poética infinita. Esa perfección técnica, esa poética sabiduría, al consumarse, convierten en clásico a quien las ejerce. Tal es el juicio de González Rojo. Como si corrigiera y afinara la opinión de que los lectores de *Lascas* han de ser sabios y artistas, González Martínez precisa: no basta no ser vulgo, esto es, ser sabio o artista, para comprender este arte excepcional y aristocrático.

Maples Arce, tras insistir en las excelencias expresivas y formales de *Lascas*, descubre un nuevo aspecto: el verso concebido como elemento ritual, podría decirse que como conjuro.

Por último, Pacheco orienta su juicio hacia el aspecto de la novedad en los asuntos tratados: Díaz Mirón explora y conquista para nuestra poesía nuevos territorios, descubre lo poético del horror y la fealdad. Después de leer minuciosamente la *Introducción* y las anotaciones de Manuel Sol T., se impone la evidencia de que los elementos mostrados por los juicios anteriores constituyen en gran manera matices del suyo.

Así, él sabe que hay que acercarse a esos textos casi como si fueran sagrados; con el respeto y el apasionado amor del buscador de la verdad. Comprende que tiene que verlos no sólo como sabio o artista, sino que para hacerlo, ha de elevar antes sus posibilidades anímicas a grados de aristocrática altura, y una vez conseguido esto, tras el mármol de la perfecta escultura, descubrir lo que en su esencia es el poeta, ese hombre desesperado y abyecto en su misma superioridad, aquel que en el manejo óptimo de las palabras encuentra el único medio de justificar su vida y de adquirir un lugar en el mundo.

Y las palabras, para el poeta, toman las potencias del conjuro, y convocan, por la índole del hombre que las crea, la presencia de un mundo en que la belleza y el horror se alían o se combaten sin solución de continuidad, un mundo unificado. Y esa unidad, cualidad de lo clásico, se le presenta a Manuel Sol T., al analizar *Lascas*, espléndida y bruñida como la del brillante.

La introducción de Manuel Sol T., entre otras, tiene la virtud de hacer que se la lea fácilmente. Su arsenal de erudición no interfiere la amenidad de la lectura misma.

Los accidentes de la publicación de los versos de su poeta, por ejemplo, están narrados con la agilidad de una historia de aventuras, y con esa

facilidad y ese interés pueden leerse; la cantidad de ejemplares de la primera edición de *Lascas*, el dinero que por ellos se pagó, el fin a que fue destinado, la fallida carátula artística del libro, la distribución y la venta de éste, constituyen episodios e incidentes en cuya lectura hay aprendizaje y deleite a la vez.

El lector, como el discípulo con el buen maestro, sigue a Manuel Sol T. con dócil seguridad, consciente de que éste se esfuerza por llevarlo a la luz verdadera. Y más todavía cuando, igual que por los ambages de un laberinto que bien conoce, lo guía por las cámaras y los pasadizos que constituyen la estructura del libro. Desde las "Dos palabras" con que se inicia, hasta la "Nota general" que le pone término.

Allí se aprende cuáles de los poemas de que se compone, señalan la fecha y el lugar donde se escribieron, y que esos poemas encierran la expresión de hechos que de algún modo determinaron en lo profundo la vida de su autor.

Otros poemas, acaso aún más significativos que los autobiográficos, exponen lo que podría llamarse el arte poética de Díaz Mirón; en ellos se exponen los principios teóricos sin cuyo conocimiento cualquier lectura que de su obra se hiciera carecería de bases sólidas de comprensión; y Manuel Sol T. encuentra y enseña que esos contenidos autobiográficos y estéticos son el hilo que da sentido al laberinto, la línea que constituye, en último término, la estructura primordial de la obra.

Pero se cuida bien, como amoroso lector de Díaz Mirón que es él mismo, por dar a entender que al poeta le son secundarios los contenidos, y que su preocupación esencial es la esmerada y maciza construcción de los versos. La voluntad, por desgracia no siempre cumplida, de edificar perfectos órdenes de lenguaje.

Pasa enseguida a su tercera estancia: ahora se trata del tan debatido problema de las épocas de la poesía diazmironiana: que si fueron dos, que si fueron tres, y aduce los argumentos que por esos rumbos se han ofrecido.

Coincidiendo con aquello que Dámaso Alonso dijo a este respecto de la poesía de Góngora, demostrando que la división de su obra en épocas era inútil y falsa, Manuel Sol T., tras analizar aquellos argumentos, acude directamente a la obra en discusión, y encuentra que en las dos o tres supuestas épocas hay traslapes; que determinados poemas escritos en una podrían fácilmente situarse en otra, en consideración a sus elementos característicos.

Y concluye proponiendo su propia apreciación; a pesar de que, generoso, concede a la división en épocas alguna utilidad práctica, él, más que hablar de épocas, prefiere hacerlo de modalidades poéticas.

Indiscutible acierto teórico. Gracias a él, no hay problema alguno en entender la coexistencia de formas diferentes en un mismo periodo, y de formas semejantes en periodos sucesivos.

Esta noción de las modalidades, se aplica también brillantemente al problema de establecer los poemas de *Lascas* en el conjunto de las corrientes literarias de su época. Manuel Sol T., luego de analizar las opiniones externadas acerca de si *Lascas* es o no modernista, encuentra en esta obra los elementos tenidos por "canónicos" de tal corriente (preciosismo, sensualidad, brillantez de las imágenes, preferencia por la forma, rebeldía y exotismo); reflexiona que entre tales elementos cabe también lo que llama realismo-naturalismo, esa suerte de reproducción directa de la realidad que no rechaza la fealdad o la aspereza, las cuales, aunque por entonces repugnantes al gusto común, han constituido en todo tiempo partes legítimas de la poesía. Por tanto, concluye, sería fácilmente incluible, con suficiente razón, dentro del modernismo. Arduo resultaría refutar esta conclusión y sus fundamentos.

La quinta parte de la *Introducción*, tema y estilo en *Lascas*, buscando fijar la estética que rige esta obra de Díaz Mirón, es así mismo, como la totalidad del trabajo de Manuel Sol T., venero riquísimo de incentivos para quien se interesa en el estudio de este autor.

Su manera de tratar los universales asuntos del amor, el dolor y la muerte, es el aspecto que Manuel Sol T. analiza, dejando abierta en su análisis una serie sin término de hechos que parecen esperar su explicación.

Por ejemplo, ¿cuál es la causa de que Díaz Mirón, con su visión del amor como irreprimible pasión sensual, alejada de románticas idealidades, lo haya descrito como mejor representado en las mujeres que en los hombres? ¿Cuál podría ser la diferencia entre Pepilla y la payita de *Idilio*? ¿Hasta qué punto puede, para él, considerarse valioso el deseo sexual?

Las respuestas a estas preguntas, y a otras sugeridas por Manuel Sol T., podrían llevar a un juicio más certero sobre el poeta, y, por lo mismo, sobre sus creaciones.

Lo mismo que se dice con respecto del amor, podría afirmarse en lo tocante al tema del dolor. Éste, aclara Manuel Sol T., es para el poeta resultado de una pérdida: de un ser querido, de la libertad, de la lealtad. Pero Díaz Mirón lo expresa con retórica objetividad, como algo exterior susceptible de análisis intelectual, cosa que lo acerca de nuevo al naturalismo.

Esa forma de narrar los hechos causa del dolor como si, aunque él mismo es quien lo padece, el poeta no tuviera injerencia en ellos.

Por último, en el tratamiento del tema de la muerte, se acentúa todavía más el distanciamiento entre el autor y su asunto. Incluso la putrefacción del

cadáver de su padre es descrita con indiferente minuciosidad, con un dejo de morboso deleite.

Entre los temas de los poemas de *Lascas*, Manuel Sol T. incluye uno de importancia decisiva para esta sección de su trabajo: la meditación del autor sobre su propio arte.

En *Lascas*, nos ilustra, al lado de maneras y fórmulas que sería lícito considerar como patrimonio común de la literatura en vigor, como parte de la tradición, hay elementos originales, fundamentalmente en cuestión de forma: novedosas estructuras metafóricas, excepcionales desarrollos sintácticos, especial precisión de las expresiones, le permiten crear, efectivamente, un verso de carácter distinto al que antes había sido suyo.

Aquí también, como lo ha hecho antes y lo hará después al apuntar a la visión diazmironiana del paisaje, a su sintaxis y a su léxico, Manuel Sol T. abre generosas puertas a la labor de otros nuevos investigadores. Él, con su usual agudeza, señala, en cuanto a descripción de paisajes, la sensualidad del poeta, los sentidos físicos, en él, se multiplican al reunirse y combinarse unos con otros. Vista, oído, tacto, gusto, olfato, se conciertan en fusiones insospechadas, y producen efectos únicos en su complejidad. Esta riqueza sensorial se muestra, más incluso que en las del paisaje, en las descripciones de mujeres.

Tres condiciones propone Manuel Sol T. como definitorias de la sintaxis de Díaz Mirón: el hipérbaton, la elipsis y la supresión de artículos. Condiciones las tres que han de desembocar en un estilo difícil. El rigor, la obligación de ser perfecto, acentúan esa dificultad.

Pero todos esos elementos, es el juicio de Manuel Sol T., son los que hacen, en última instancia, la grandeza del poeta. No es ni frío ni oscuro; por el contrario, su misma dificultad llega a humanizarlo y a volverlo claro hasta el deslumbramiento.

Por otra parte, en lo que respecta a su léxico, Díaz Mirón hace gala de la más profunda sabiduría en la colocación de cada palabra en el verso. No importa que la palabra sea un cultismo, como *umbrático*; un tecnicismo, como *flegmasia*, o un vulgarismo como *moruna*, el sitio que tiene en el verso, entre las voces entre las cuales se la sitúa, le dan cabal capacidad comunicativa, y la hacen aparecer como necesaria y natural.

Todo lo dicho hasta aquí, se refiere a la parte general del trabajo realizado por Manuel Sol T. para esta edición de *Lascas*.

Lo particular de su obra se encuentra en las sabias y pormenorizadas notas añadidas al pie de cada uno de los poemas, y en las cuales va poniendo claridad y precisión a los principios enunciados y probados en la *Introduc-*

ción. La erudición de tales notas corre parejas con la sencillez de su exposición. Problemas históricos, biográficos, críticos, filológicos, van siendo elucidados en ellas, paso a paso y hasta el fondo, con esa naturalidad y ese método del maestro que es, como dije al principio de esta presentación, Manuel Sol T.

Tomaré, con el fin de justificar lo que de ellas digo, algunas de sus anotaciones, para gozarme con su variedad y riqueza.

Por ejemplo, veamos la "Epístola joco-seria". Las alusiones bíblicas en ella contenidas, son convertidas en citas por la investigación de sus fuentes. Así, se sabe que provienen de solamente dos: el capítulo 19 del *Génesis*, y los capítulos 11, 12 y 13 del *Segundo Libro de Samuel*. Tal vez valiera la pena investigar el porqué de esta limitación; se aclara, después, el significado de la palabra *sensorio*, y luego se advierte de la existencia de una errata en la primera edición del libro.

En un aspecto diferente, la anotación a los versos 33-40 indaga el origen del pensamiento en ellos enunciado, y dice su venero y los efectos que generó en la obra del poeta. Cinco autores y críticos son citados en esta sola nota.

En las siguientes se declara el significado, la etimología y la historia del uso de las palabras *fiemo*, *poluta*, *tiorba* y se recurre a la tradición retórica cuyos principios se mantuvieron hasta el siglo XVIII, para explicar por qué Díaz Mirón usa el adjetivo *sublime* referido a tragedia.

Más adelante se recuerda a Aristóteles para explicar la expresión "forma es fondo"; al respecto, se la relaciona, citando a diversos autores, con el pseudoclasicismo, *l'Art* de Gautier y el parnasianismo, exponiendo, además una teoría original; se explica después la etimología de *undulado*, y, por último, de nuevo acerca de materia distinta, se narra, a propósito de otros versos, la historia de la fallida ilustración de la portada de la edición primera: en qué consistía, quién fue su autor, de qué modo fue desechada y sustituida por Díaz Mirón.

Creo que la sola enumeración de las notas que se ponen a este poema, es suficiente a justificar el elogio mayor que puede hacerse al trabajo de Manuel Sol T.

Múltiples y exactas en el detalle y en la generalidad; abarcadoras de los más variados aspectos culturales, se convierten al punto en necesarias para el lector perito.

Además, cada uno de los poemas lleva una nota introductoria que lo sitúa con precisión, dando a conocer sus motivos, su historia, la crítica que

ha originado, y un juicio personal invariablemente interesante, fundado y profundo.

Finalmente, hay que mencionar que esta edición de *Lascas* se complementa y se adorna con una serie de fotografías que le presentan ambientación y sentido de tiempo.

En resolución, esta obra de Manuel Sol T. constituye, sin duda alguna, un irresistible estímulo para que los críticos consagren sus esfuerzos al estudio de los muchos aspectos vivos en la poesía de Díaz Mirón. Pero, a la vez, por ser obra tan completa, les dificultará hacerlo.

En la obra de Manuel Sol T., queda establecido todo lo general. Los críticos que en adelante se ocupen en la poesía de Díaz Mirón, tendrán que dedicarse a las minucias.